

DON CASTO MÉNDEZ NÚÑEZ EN LAS ANTILLAS

Santiago GONZÁLEZ-LLANOS GALVACHE
Capitán de Navío

En la *Revista General de Marina* de octubre de 1954 se reproducía un artículo del ilustre almirante don Ramón Auñón y Villalón, marqués de Pílar, publicado en el *Diario de Cádiz* y fechado en Madrid el 15 de octubre de 1893, que trataba sobre «La toma de Puerto Plata (Santo Domingo) el 28 de agosto de 1863».

El autor era entonces guardiamarina a bordo del vapor *Reina Isabel II* (1), del mando de don Casto Méndez Núñez, y relata en el citado artículo la expedición a La Guaira y la entrada en Puerto de la Plata de dicho buque durante la sublevación de Santo Domingo.

En los archivos del Museo Naval de Ferrol se encuentra un manuscrito con el «Historial desde 11 de Marzo de 1862 que salí de Cádiz para embarcar en el vapor de guerra *Isabel II* con el mando de su guarnición, hallándose en la Escuadra de Ynstrucción en Algeciras», escrito por el entonces teniente de Infantería de Marina don Manuel Fernández Chao (2). En este historial, que finaliza el 7 de julio de 1864, se narran con más detalle los interesantes hechos de la expedición a las antillas del vapor *Isabel II*.

Vamos a tratar en este trabajo de completar la información que aporta el almirante Auñón y de exponer los acontecimientos sucedidos durante la estancia de don Casto en las Antillas al mando del *Isabel II*. Para ello seguiremos el «Historial» de Fernández Chao principalmente, pero antes efectuaremos una breve exposición de los antecedentes y situación de Santo Domingo en la época de la llegada del vapor a las Antillas.

(1) El *Isabel II* fue construido en Inglaterra en 1850 y adquirido para la Armada por el brigadier Llanes en unión de los vapores *Don Francisco de Asís*, *Isabel la Católica*, *Fernando el Católico*, *Velasco* y *Conde de Regla*. Montaba 16 cañones y su fuerza de máquina era de 500 caballos. Participó en Filipinas en la campaña de Joló; hizo con los duques de Montpensier un crucero por el Mediterráneo en 1851 y un viaje a Inglaterra. Marchó a las Antillas en 1852, y se halló en la guerra de África en 1859-1860. En abril de 1862 estuvo en Tánger para recibir a bordo, y trasladar a la Península, 60 millones de reales de la deuda del Imperio de Marruecos por indemnización de guerra. En junio de este mismo año realizó un viaje a Inglaterra con los duques de Montpensier. El 1 de noviembre tomaba el mando del vapor el capitán de navío don Casto Méndez Núñez.

(2) Don Manuel Fernández Chao nació en Ferrol el 14 de agosto de 1823, saliendo teniente de Infantería de Marina el 16 de julio de 1857, en la promoción 25.^a de este cuerpo. Durante el tiempo que comprende el «Historial», desempeñó una actividad incesante en Europa y en las Antillas. El 27 de mayo de 1874 sostuvo, como capitán con mando de batallón, un duro combate en Ahogaperros, cerca de Baire (Cuba), lo que le valió el ascenso a comandante. Falleció en Ferrol el 13 de septiembre de 1889, siendo coronel retirado.

SANTIAGO GONZÁLEZ-LLANOS GALVACHE

Santo Domingo (antecedentes)

La isla Española, donde Cristóbal Colón había fundado el primer asentamiento español en América, alcanzó gran importancia con la Audiencia de Santo Domingo, creada en 1511 y que por las ordenanzas de 4 de julio de 1528 extendía su jurisdicción no sólo a la isla sino también a Puerto Rico, Cuba y Tierra Firme, comprendidas Nicaragua, Castilla del Oro y, luego, Venezuela y Perú.

Al comenzarse, sobre el año 1535, a explotar las nuevas conquistas del Perú, adonde acudían tantos españoles, según el cronista Gómara, que se despoblaba Panamá, Nicaragua, Guatemala, Cartagena y las islas, comienza la decadencia administrativa de Santo Domingo.

En el siglo XVII comenzaron las incursiones y depredaciones de los bucaneros, conjunto de piratas ingleses, franceses y holandeses que se establecieron en la isla Tortuga (costa septentrional de la actual Haití) con el pretexto del comercio de pieles. Estos verificaron algunas correrías en La Española y, aunque son derrotados por Juan Francisco de Montemayor en 1654, acabaron por fijarse en la parte occidental de la isla. Francia los reconoce y en 1665 envió un gobernador. Por último, por la paz de Riswick, en 1697, España entregó a Francia la parte occidental de la isla.

Por la paz de Basilea, en 1795, fue cedida, muy a pesar de los dominicanos, a Francia la parte del isla que restaba bajo soberanía española

En 1801, los esclavos negros de la parte occidental de la isla, se rebelaron contra sus amos, destruyendo gran número de propiedades. Entraron también a sangre y fuego en la parte oriental, que más tiempo había sido española. Los rebeldes estaban capitaneados por Toussaint-Louverture, que no llegaría a declarar la independencia de la colonia. Napoleón envió a su cuñado el mariscal Lecrec. Después de varios meses de lucha, en mayo de 1802 Toussaint pactó con el francés, el cual, incumpliendo lo prometido, apresó a Toussaint y lo envió a Francia, donde moriría el 7 de abril de 1803. Una expedición inglesa, que había desembarcado en la isla para reducir a Toussaint, fue derrotada con muchas bajas y obligada a reembarcar. También se había planeado, a petición de los franceses, el envío de cinco navíos españoles al mando de don Federico Gravina, expedición que no llegó a realizarse (3).

El rumor de que Napoleón pretendía, como hizo en otras colonias, restaurar la esclavitud, que había sido suprimida en 1794, hizo que Jean-Jacques Dessalines y Henry Christophe armaran un ejército de negros, en 1802, que derrotó al francés, y en noviembre de 1803, lo que quedaba de la expedición francesa, al mando del vizconde de Rochambeau, se rindió. Después del armisticio, firmado el 18 de noviembre, los franceses se retiraron, pero manteniendo su presencia en la parte oriental de la isla. La parte occidental se constituyó en el país independiente de Haití. Con la ayuda británica, Dessalines expulsó a

(3) Fondo Documental del Museo Naval, colección A. de Mazarredo, Ms. 2392. Carta de Ciriaco Cevallos sobre la expedición que se prepara al mando de Federico Gravina para ir a Santo Domingo contra Toussaint-Louverture.

DON CASTO MÉNDEZ NÚÑEZ EN LAS ANTILLAS

los franceses de la isla y, el 1 de enero de 1804, proclamó la independencia de toda la isla con el nombre de Haití. En septiembre siguiente se proclamaría emperador con el nombre de Jacques I.

Cuando empezó en España la guerra de la Independencia contra Francia, los dominicanos se levantaron en armas —facilitadas secretamente por el capitán general de Puerto Rico— y, tras vencer en la batalla de Palo Hincado, en julio de 1809, a los invasores de la vecina Haití y hacerse dueños de la capital, se unieron de nuevo al Imperio español.

Al cabo de trece años, la colonia se unió a la oleada libertadora del continente y se proclamó también independiente de Madrid. El 30 de noviembre de 1821, José Núñez de Cáceres arrió la bandera española y se puso bajo la protección de la Gran Colombia, fundada por Bolívar. El nombre adoptado por el nuevo Estado fue el de «Estado independiente del Haití español».

Esta independencia tan sólo duraría unos meses, pues al cabo de nueve semanas los haitianos, con su presidente Boyer, se apoderaron de Santo Domingo el 9 de febrero de 1822, que quedó anexionado a Haití.

El sentimiento nacional dominicano era enemigo de la opresión haitiana, que había supuesto de hecho la persecución de los blancos en provecho de la población negra, intentándose despojar a aquéllos y fomentándose la colonización por negros.

En 1830 don Juan Pablo Duarte, llamado el «Padre de la Independencia de Santo Domingo», organizó una sociedad secreta para luchar contra los haitianos.

En 1843 se produjo la sublevación en pro de la independencia y comenzó la lucha dirigida por Juan Pablo Duarte y Francisco del Rosario Sánchez. Conseguida la independencia tras las victorias de Mata de Firfán, Santo Tomé, Las Carreras y Sábana Larga, el primer presidente fue Pedro Santana. Juan Pablo Duarte y otros idealistas de la independencia partirían pronto para el exilio.

Tras la independencia, la amenaza negra era constante y, por otro lado, existía la presión de Estados Unidos que, habiendo intentado en vano obtener por negociaciones la bahía de Samaná, precioso enclave estratégico, amenazaban con ocuparla toda.

Un gran grupo de dominicanos estimaban que el regreso al seno de la monarquía española era la garantía de su soberanía contra la amenaza de los negros y anglosajones.

Santana solicitó protección a España a través del capitán general de Cuba, O'Donnell, quien les dio armas y apoyo militar. Pero el gobierno de Madrid consideró que no era oportuno entonces anexionarse la antigua colonia.

En 1854 España renuncia de nuevo a aceptar el protectorado sobre Santo Domingo que se le ofrece. Ese mismo año el presidente de Estados Unidos, Pierce, estuvo a punto de firmar un acuerdo con los dominicanos por el que éstos, a cambio de la protección americana, cedían a Washington el uso de la bahía de Samaná, desde la que se podía controlar el tráfico marítimo entre Cuba y las Bahamas.

Aparte de las presiones que en contra del trato hicieron Francia y España,

SANTIAGO GONZÁLEZ-LLANOS GALVACHE

éste se malogró por las exigencias racistas de Pierce. Los Estados Unidos se habían negado a reconocer a Haití, para no tener que tolerar la presencia de un embajador negro en Washington, y exigieron, en consecuencia, que los diplomáticos de Santo Domingo no fueran de color. Con gallardía, el gobierno dominicano, aunque el número de negros en el país todavía era bajo, rompió la negociación y siguió buscando otro protector.

En 1855, España reconoció la independencia de la República Dominicana mediante un tratado, una de cuyas cláusulas permitía titularse súbditos españoles a cuantos lo pretendiesen, y, como consecuencia, la gran mayoría de los dominicanos intentaron cambiar su nacionalidad por la española. Santana, viendo que a este paso se quedaba sin súbditos, tomó medidas de emergencia, apostando una fuerza a la puerta del consulado, con lo que quedó solucionado el problema, a pesar de las protestas del cónsul español, Sr. Segovia, quien, por otra parte, ordenó que se aplicasen de modo menos «explosivo» las generosas cláusulas del Tratado Bilateral (4).

Además de la referencia al posible cambio de nacionalidad, el Tratado contenía párrafos que se prestaban a la interpretación. Por ejemplo, hablando de los territorios que comprendía la República Dominicana, se decía que «Su Majestad Católica desea y espera que [estos territorios] se conserven siempre bajo el dominio de la raza que hoy los puebla, sin que pasen jamás, ni en todo ni en parte, a manos de razas extranjeras». Estas palabras parece que significaban el compromiso formal para España de defender a los dominicanos. Los redactores españoles del Tratado procurarían olvidarse del párrafo; no así los dominicanos.

En 1858, el negro Souloque, que con el nombre de Faustino I se había proclamado emperador, quiso emular la gloria de Napoleón e invadió el territorio de Santo Domingo. Santana intentó una vez más, desesperadamente, la anexión a España y envió a Madrid un diplomático dominicano, el general Alfau, que se movió allí con habilidad.

Esta vez, por la intervención de Serrano, el gobierno presidido por O'Donnell, era partidario, con algunas dudas, de la anexión y, mientras tanto, el general Santana izó de improviso, con grandes honores, la bandera de España, que ondeó de nuevo en la torre del homenaje de Santo Domingo el 18 de marzo de 1861. El secretario de Estado de Estados Unidos, William Seward, montó una pequeña escena al embajador español, Tassara, afirmando que, si España aceptaba la anexión, «se encontraría con la resistencia inmediata, persistente y si fuera posible efectiva» de su país.

El presidente Lincoln desautorizó a Seward, pues bastantes problemas internos existían ya en el país. El 12 de abril se abrió el fuego en el fuerte Sumter y empezaba la guerra de Secesión, y el 12 de mayo Isabel II firmaba el real decreto que aceptaba incorporar a su corona las tierras de la República Dominicana.

(4) ALLENDE SALAZAR, José María: *Apuntes sobre la relación diplomática hispano-norteamericana: 1763-1895*. Ministerio de Asuntos Exteriores, Biblioteca Diplomática Española, Estudios 14, p 159.

DON CASTO MÉNDEZ NÚÑEZ EN LAS ANTILLAS

Serrano fue nombrado duque de la Torre (por la torre del homenaje de Santo Domingo), y Santana, marqués de Carreras y teniente general, nombrándole por añadidura el gobierno de Isabel II capitán general de la nueva Antilla española, confiriéndole iguales atribuciones que a los de Cuba y Puerto Rico.

El diálogo entre los dominicanos y los españoles partidarios de la recuperación de la colonia no había resultado sin embargo fácil. Desde la independencia, en 1844, los generales Pedro Santana y Buenaventura Báez se habían disputado la Presidencia de la República Dominicana. En el momento de la anexión, Santana había sido ya tres veces presidente y Báez dos, aunque al final de su vida alcanzaría el récord de cinco presidencias. La principal tarea de un presidente dominicano era indudablemente defender el país contra las intrigas y ataques descarados de Haití; mejor dicho, del Imperio de Haití, porque los dirigentes de Puerto Príncipe seguían manteniendo, en cuanto a títulos, el mimetismo con Napoleón, al cual habían derrotado hacía medio siglo. Por aquellos años, Su Majestad el emperador Faustino I estaba siguiendo una política especialmente agresiva contra Santo Domingo, aunque llevada a cabo de un modo esporádico e irregular.

La segunda ocupación de los presidentes dominicanos era la de defenderse de las intrigas de su rival en la oposición, Báez o Santana: cuando Báez se acercaba a España, Santana se aproximaba a Estados Unidos. En el momento en que Báez, considerándose ignorado por los políticos españoles, se empezaba a mover hacia Washington, Santana se convertía en españolista (5).

Una vez decidida la anexión, el general Serrano envió desde La Habana una expedición para tomar posesión de la recuperada colonia. Ésta constaba de tres barcos de guerra y dos transportes, que llevaban un contingente de 6.000 hombres con su equipaje y armamento.

Todavía no había llegado la expedición a Santo Domingo, cuando los generales Cabriel y Mella, ente otros partidarios de Buenaventura Báez, desde pueblos cercanos a la frontera con Haití se pronunciaron contra la anexión y empezaron a reunir guerrilleros y armas para oponerse a la misma.

El gobierno español nombró a Báez mariscal de campo del Ejército hispano, pero la medida no surtió más efecto que irritar a Santana, y la rebelión fue cobrando poco a poco vigor, aunque al principio los progresos fueron lentos.

Para intentar mantener su soberanía y restablecer la paz, España se vería obligada a enviar a Santo Domingo varias expediciones y a mantener una guerra sangrienta y desastrosa donde combatirían, «no ya por la posesión de Santo Domingo, sino por la honra nacional» (6), casi 30.000 soldados, invirtiéndose cerca de tres millones de reales

(5) *Ibidem*, p. 158.

(6) NOVO, P., y COLSON: *Historia de la guerra de España en el Pacífico*. Fortanet, Madrid, 1882, p. 69.

SANTIAGO GONZÁLEZ-LLANOS GALVACHE

Organización del ramo de Marina en el recién recuperado Santo Domingo

Por real orden de 6 de diciembre de 1862 se determina «la organización del ramo de Marina en la nueva provincia de Santo Domingo».

En primer lugar se dispone que el número y clase de jefes y oficiales de los distintos cuerpos de la Armada que constituyen el personal de Marina en la provincia sea el siguiente:

- un brigadier de la escala activa, con la denominación de comandante principal de Marina, con residencia en la capital de la provincia;
- un capitán de fragata de la escala de reserva, segundo comandante de la provincia y capitán de puerto de Santo Domingo;
- dos oficiales de la antigua Marina Dominicana, ayudantes de la Comandancia principal, con residencia en la capital;
- un teniente de navío de la escala de reserva, ayudante del distrito de Puerto Plata y capitán de su puerto;
- tres oficiales de la antigua Marina Dominicana, ayudantes de los distritos de Azúa, Monte Christi y Samaná, y capitanes de su respectivos puertos.

Además, se disponía la provisión de un comisario de guerra, con atribuciones de ordenador de pagos y denominación de comisario de provincia, y dos oficiales primeros del Cuerpo Administrativo de la Armada, como interventor de provincia y contador de la Estación Naval de Samaná, respectivamente.

Se proveían también en la citada real orden los destinos del personal jurídico y escribientes.

Se dispone que la Comandancia principal de Marina de Santo Domingo tenga las mismas atribuciones que la de Puerto Rico, y dependa directa e inmediatamente, como ésta, de la Comandancia General del Apostadero de La Habana.

El juzgado debía tener la misma categoría y funciones que los de segunda clase establecidos en las demás provincias marítimas del Reino.

Se dispone que la Comandancia de Marina, una vez instalada, proceda con toda urgencia al establecimiento de las matrículas de embarcaciones y de gentes de mar. Se dispone también la regulación de las tarifas de practicaje, derechos de capitanía, etc.

Se ordena que, en tanto el progreso de la población de Samaná permita el establecimiento en tierra de la Ayudantía de Marina y Contaduría de la estación naval, sea servida la primera por el comandante o capitán del pontón estacionado en la bahía, y la segunda, por un oficial del Cuerpo Administrativo de la Armada que embarcará en el referido pontón.

Por real orden de 21 de marzo de 1863 se determina que la fragata *Cortés* dejará de figurar como tal en las listas de la Armada y «se la coloque como pontón, el que situado en paraje conveniente en la bahía de Samaná, sirva de hospital flotante para las guarniciones y tripulaciones de los buques destinados a aquella estación».

DON CASTO MÉNDEZ NÚÑEZ EN LAS ANTILLAS

Así estaban las cosas en la isla Española cuando llegó a las Antillas el *Isabel II*.

Del «Historial» del teniente de primera Manuel Fernández Chao

El día 1 de noviembre de 1862, a las doce del mismo, tomaba en La Carraca el mando del vapor *Isabel II* el capitán de navío don Casto Méndez Núñez, en sustitución del capitán de navío don Mariano Pery, por haber sido nombrado para una comisión en Inglaterra.

El día 14 de noviembre salió de la bahía de Cádiz el vapor en derrota a las Antillas, fondeando el lunes, primero de diciembre, a la una de la tarde en Puerto Rico para hacer carbón.

El día 4 salió de Puerto Rico y, después de recalar en la isla de Santo Domingo, el vapor llegó a La Habana el día 8.

El *Isabel II* trasladaba a Cuba desde la Península al general don Domingo Dulce, nombrado capitán general de Cuba. Con el general venía un séquito de 28 personas, que se relacionan en el «Historial», entre oficiales de su Estado Mayor, personal militar, familiares y servicio: «Además han venido un Mayordomo y dos criados de la Casa López comiendo el rancho de S.E., que se hizo por contrata con la referida Casa López y Compañía en Cádiz. Al día siguiente 9 no desembarcó S.E. por hallarse un poco enfermo; pero lo verificó el día 10 a las ocho de la mañana. A las 9 hubo besamanos y presentaciones por todas las corporaciones».

Permaneció el buque en La Habana hasta mayo de 1863, realizando limpieza de fondos y reparaciones precisas, e incluso, durante treinta días a partir del 6 de marzo, efectuó un crucero de patrulla por la costa de la isla de Cuba en relevo de la fragata *Blanca*, siendo a su vez relevado por la fragata *Lealtad*.

El viernes 22 de mayo salió el vapor para La Guaira (Costa Firme). Por entonces se sucedían los disturbios internos en Venezuela entre los diversos partidos que luchaban por el poder. El capitán general de Cuba envió al *Isabel II* para proteger a los españoles y colaborar diplomáticamente, si fuese necesario, con las autoridades venezolanas. Sigamos lo que nos relata al respecto el «Historial» del teniente:

«El lunes 1º de junio, hemos llegado [a La Guaira] a las 5 1/2 de la tarde, sin novedad, fondeamos muy cerca de la población teniendo por la parte de babor un vapor de guerra americano. La República [de Venezuela] sólo tenía en el puerto dos pequeños vapores de ruedas muy deteriorados [,] hallándose fondeados otros varios bergantines y goletas de poco porte y comerciales.

»El cónsul participó al Sr. Comandante haber varios casos de viruela, por lo cual hemos tenido poca comunicación».

Sigue la descripción breve de la población, que «se halla a la orilla del mar, bastante diseminada, las fortalezas arruinadas. Se halla dominada por unas

SANTIAGO GONZÁLEZ-LLANOS GALVACHE

elevadas montañas, llenas de arbolado. El comercio consiste en la exportación de cacao».

En la madrugada del 8 de junio se presentó un vapor de los de la República en el puerto de La Guaira, con unos 200 hombres al mando del general Torrelles, verificando un desembarco como confederales. Adhiriéndose a ellos la guarnición, que hasta entonces era del gobierno, se llevaron armas, cañones, pólvoras y todo el material de guerra, embarcándolo en la misma tarde en el propio buque y en otros y se dirigieron a Puerto Cabello, donde se fortificaron para defenderse contra el gobierno.

El cónsul español, don Cándido de Perorenas, solicitó auxilio para los españoles si fuera necesario, y en consecuencia se enviaron dos botes con gente armada y con tropas, al mando del teniente Fernández Chao, al muelle de la población durante la noche.

La plaza, que había quedado sin fuerza alguna, fue ocupada el mismo día por más de 200 hombres federales al mando del general negro Salazar y por unos sesenta del gobierno. Al mando de la plaza quedó el general federal.

Habiéndose aceptado los ofrecimientos del comandante español, que se brindó a conducir en su buque a los negociadores venezolanos a donde éstos desearan (7), embarcó en el *Isabel II* una comisión diplomática del gobierno constituido compuesta por el general José Antonio Páez, presidente que fue de la República, acompañándole los ministros Sr. Cevallos (español) y Alr (inglés), con otras personas agregadas al general. Dicha comisión tenía la misión de tratar sobre la paz con los del partido contrario, que se encontraban fortificados en Puerto Cabello.

El 30 de junio, a las seis de la mañana, salió el *Isabel II* de La Guaira para Puerto Cabello, adonde llegó a las tres de la tarde del mismo día. Así describe el «Historial» este punto: «Puerto Cabello tiene una situación geográfica hermosa, la población se encuentra en un llano, la mar bastante quieta, es una especie de rada frente a la población, pero el puerto se halla hacia el norte entre unos manglares entrando por una boca estrecha entre la población y un excelente castillo que con otro que se halla en una altura hacia el sur defienden completamente la entrada. Estas fortificaciones fueron construidas por los españoles antes de la independencia. El clima es bastante caluroso y enfermizo, pues abundan las calenturas, fiebre tifoidea y amarilla...».

El día 2 de julio regresó el vapor a La Guaira transportando a los miembros de la comisión, que desembarcaron en la mañana del día 3. Permaneció el buque en el puerto hasta finalizar el mes de julio. Una vez asegurada la paz civil en Venezuela, ya no era necesaria la presencia del buque español en aquel país, y el día 1 de agosto el *Isabel II* abandonó la rada de La Guaira dirigiéndose a Puerto Rico, adonde llegó el día 4 por la tarde. En aquel puerto se hallaba también fondeado el vapor *Hernán Cortés*.

Desde el sábado 15 de agosto hasta el 17 del mismo mes efectuó el vapor un viaje al puerto de Santo Domingo, saliendo este último día para Santiago

(7) «La toma de Puerto Plata...», *Revista General de Marina*, octubre de 1954, p. 496.

DON CASTO MÉNDEZ NÚÑEZ EN LAS ANTILLAS

de Cuba, llevando a remolque la goleta *Santo Domingo*, que había pertenecido a la república de aquel país. El 20 de agosto dio fondo en Santiago de Cuba, donde se encontraban las corbetas *Mazarredo* y *Santa Lucía*.

El 25 de agosto, a las ocho de la mañana, salió el *Isabel II* del puerto con destino a Puerto de la Plata en la isla de Santo Domingo, conduciendo unos 600 hombres, con sus jefes y oficiales, para reforzar la guarnición en aquel punto y atacar a los enemigos insurrectos de allí y a algunos insurgentes haitianos que se les habían unido esos días contra los españoles. Las tropas pertenecían los batallones de la Corona y Cuba, con una batería de artillería montada. Llevaba el vapor a remolque una goleta, que había traído a Cuba la noticia de la situación en Puerto de la Plata y a bordo de la cual iba alguna fuerza, mulos y aguada. La expedición militar estaba al mando del coronel de Ingenieros don Salvador Arizón.

El jueves 27, a las nueve de la noche, entró el vapor en la rada de Puerto de la Plata. Se presentó un práctico para meter el buque en puerto, cosa que hizo sin novedad. El práctico venía armado y acompañado de otro negro. Se le preguntó por el estado de la población y manifestó que ésta se hallaba en poder de los insurrectos y que los españoles sólo dominaban el castillo de la entrada del puerto, donde se encontraba toda la tropa española fortificada para la defensa.

Poco después llegó el capitán de puerto y ratificó lo dicho por el práctico, añadiendo que se podía desembarcar la tropa sin inconvenientes. En efecto, se procedió al desembarco, que concluyó a las tres de la madrugada sin ninguna incidencia, quedando sólo a bordo los caballos, mulos y equipajes de la guardia de prevención, que pasaron a tierra a las ocho de la mañana del día 28.

El «Historial» nos relata el combate subsiguiente de esta manera:

«El desembarco se hizo en las inmediaciones del castillo. La fuerza del Regimiento de la Corona fue la primera que fue a tierra: inmediatamente pasó al pueblo y entró atacando a la bayoneta, consiguiendo desalojar el Cuartel y las casas que les servían de fortaleza, sin que apenas atacaran de otro modo que a la bayoneta. Los enemigos se han resistido y atacado con un fuego nutrido desde las casas donde se hallaban parapetados. Las masas que se encontraban en la Plaza fueron dispersadas también a la bayoneta. A las 2 1/2 de la madrugada fue muy mal herido en la cabeza el digno jefe de la columna Sr. Arizón, por una bala que le atravesó los sesos. A las siete de la mañana misma era muerto ya. A las 3 de la propia se arboló en la Plaza el pabellón Español reemplazando humillado el Dominicano que ostentaban en la casa del Gobierno desde la mañana del día 27».

Las pérdidas españolas no fueron considerables: hubo unos 33 hombres entre muertos y heridos. La mayor parte lo fueron en la cabeza y en el pecho. El 28 se hicieron algunos prisioneros, que fueron pasados por las armas.

Las tropas españolas se acuartelaron inmediatamente, con las consiguientes precauciones, después de haberse apoderado de la población. Los enemigos

SANTIAGO GONZÁLEZ-LLANOS GALVACHE

acamparon a una media legua de la población. El *Isabel II* se acoderó convenientemente, para hacer fuego si fuera necesario.

Tras la llegada del vapor *Hernán Cortés*, en la mañana del 28, con una compañía de tropa procedente de Samaná, salió el *Isabel II* conduciendo pliegos de informes sobre los sucesos para el capitán general de La Habana. El día 31, hallándose en el canal frente al paredón grande, se cruzaron con el vapor transporte *San Francisco de Borja*, que conducía 500 hombres del Batallón de Cazadores Isabel II con destino a Santiago de Cuba a recibir órdenes. Pero en vista de lo manifestado por don Casto, habiendo venido a bordo del *Isabel II* el segundo de Borja, se dirigieron a Puerto de la Plata, donde las circunstancias reclamaban la presencia de fuerzas.

Permaneció el vapor en La Habana desde el 2 de septiembre hasta el día 19 del mismo mes, en que salió de La Habana con 744 hombres de transporte para Puerto de la Plata, pertenecientes al Batallón de La Habana y a una compañía de Ingenieros. Mandaba dicha fuerza el coronel don Benito Pasarón y Sartras. El día 4 había embarcado en el vapor como segundo comandante el capitán de fragata don Nicanor Sotelo.

El jueves, a las nueve de la mañana, fondeó el vapor en Puerto de la Plata, donde se hallaban los vapores transporte *Velasco* y *Borja*; el primero, con acémilas a bordo, y el segundo, con víveres y municiones. Después de que comiera la gente, se inició el desembarco de las tropas, que se realizó sin novedad, de manera que a la una y media de la tarde se hallaba concluida la faena.

Las tropas españolas ascendían a unos 4.000 hombres. Se hallaban fortificados en la plaza, estaban reforzando el fuerte y habían construido muchas barracas para alojarse. Se encontraban a la cabeza el ingeniero Primo de Rivera y el general Gándara; también estaba el general Suero, quien pese a ser del país había reconocido a España y era el gobernador de la plaza de Puerto de la Plata.

En la tarde del día 24 salió el *Isabel II* para Santo Domingo, con el fin de dejar allí las municiones que para aquel puerto había traído de La Habana y 10.000 pesos recibidos para entregar al Batallón de Nápoles. Por orden del general en jefe, se embarcaron en Puerto de la Plata 27 personas emigradas de Santiago de los Caballeros, incendiado el día 6, y que iban para Santo Domingo. Entre dichas personas se encontraba un general en la reserva llamado don Román Bido, con su esposa, siete hijas y un hijo. Iban seis mujeres más, así como un oficial segundo de la administración, enfermo.

El día 26 llegó el vapor a Santo Domingo, en cuya rada se encontraba el vapor *Isabel la Católica*; y, una vez desembarcados los emigrados y entregada la munición, se facilitaron 10 toneladas de carbón para el vapor *Majestad*. Salió el *Isabel II* para Samaná, adonde llegó el día 29. Después de entregar en aquel puerto 6.000 raciones al *Isabel la Católica*, y al comandante del pontón *Cortés* 1.000 pesos y 50 carabinas «de las antiguas», salió el vapor de Samaná, donde se encontraba también el *San Francisco de Borja* y de donde había salido poco antes el *Ulloa*, con dirección a Puerto de la Plata, llevando pliegos

DON CASTO MÉNDEZ NÚÑEZ EN LAS ANTILLAS

recibidos en Santo Domingo para el general Gándara, jefe de la división de operaciones.

En Puerto de la Plata, adonde se llegó el 29 de septiembre, no tuvo Méndez Núñez por conveniente entrar, por lo preciso que le era al buque seguir para La Habana a hacer carbón. Envió, pues, a un oficial a tierra en un bote con los documentos para el general Gándara y para el capitán de puerto.

El práctico manifestó que los enemigos se hallaban en las inmediaciones de la plaza, molestando a cada momento con tiros que ocasionaban algunos muertos y heridos, tanto que en la mañana del 30 habían sido muertos tres y heridos cuatro, de los que habían ido a cortar leña, por lo que el *Hernán Cortés* había hecho algunos disparos. Que la noche del 29 habían intentado atacar pero fueron rechazados y que últimamente habían incendiado algunas casas próximas a la población, que rápidamente apagaron los soldados. Parece que el número de enemigos que sitiaban la plaza era de hasta 700.

A las doce regresó el bote con el oficial que fue a la plaza, el cual trajo pliegos para el comandante del *Isabel II*, manifestándole lo mismo que el práctico referente al estado de la plaza, añadiendo que algunos insurrectos se encontraban a la vista cerca, y que habiéndoles hecho algunos disparos de cañón el *Hernán Cortés*, le contestaban con tiros de mosquetón o trabuco de boca ancha. El *Isabel II* despachó al práctico y salió a continuación para La Habana. Al mismo tiempo partió para Santo Domingo, transportando un batallón y una batería de artillería, el vapor *Hernán Cortés*, quedando en Puerto de la Plata el *Velasco*.

Nos muestra el «Historial» la situación de la guerra en la isla por esas fechas:

«Refiriéndome a puntos anteriores; en Santo Domingo no ocurrió novedad, ni menos en sus inmediaciones. El general Santana había salido con dos mil hombres para operar en el interior. Parece que se hallaba cerca una columna de unos 500 hombres, que esperaba cortarles el agua y las avenidas, con el fin de cogerlos en medio de sus fuerzas y atacarlos.

»También se decía que había habido sospechas de insurrección en las inmediaciones de la Capital y que se han preso 33 sospechosos que se remitieron a Puerto Rico inmediatamente, con el cura párroco de Pto. Plata que era el cabeza de los insurrectos que tomaron la plaza la noche o la madrugada del 27 de agosto último».

Informa también el «Historial» de que en el istmo que forma la península de Samaná fueron atacados los insurrectos por dos lanchas tripuladas al efecto, estando las autoridades de la estación naval en estado de máxima alerta.

«En Santiago de los Caballeros continúan los 115 heridos nuestros, que quedaron allí el día 6 del presente [septiembre] que los insurrectos incendiaron la población y nuestras tropas se retiraron dejando aquello abandonado por disposición del Brigadier Buceta, que mandaba las fuerzas de operaciones,

SANTIAGO GONZÁLEZ-LLANOS GALVACHE

cuyos heridos quedaron en la población curándose, previo convenio con los enemigos, que mandaron a buscar medicinas a Puerto Plata, y con cuyo objeto el Ejército dejó allí dos médicos.

»Se asegura que muchas familias de Santiago de los Caballeros que han emigrado cuando el incendio y luego que vieron la retirada del Sr. Buceta dejando el pueblo, han sido asesinadas por los enemigos en los caminos, degollando hasta las mujeres y los niños de tierna edad; llegando el caso de aparecer entre nuestras tropas algunas criaturas sin sus padres, que habían sido víctimas de los enemigos de aquel modo tan cruel; sucediendo lo mismo con los padres que se hallaban sin los hijos, los maridos sin las mujeres y éstas sin los maridos, cuyos hechos me han asegurado los 27 emigrados que han venido en este buque desde Pto. Plata a Santo Domingo, por haber ocurrido algunos en su presencia (...). Entre ellos mismos venían dos niños de corta edad que habían perdido a sus padres.

»El vapor *Águila* que conducía un batallón llegó a Montechristi para desembarcar y fue rechazado por los enemigos con fuego desde los fuertes donde se hallaban apoderados, cuyo vapor tuvo que retroceder con las tropas para Pto. Plata y de allí fue a Santo Domingo».

El teniente Fernández Chao afirma entonces que «el estado del país es alarmante, por lo cual la guerra será larga y muy costosa a la Nación, si es que el Gobierno no resuelve abandonar todo». Esta frase nos da una idea del estado de ánimo que reinaba entre los combatientes españoles.

Sigue el «Historial» relatando el regreso del vapor a La Habana, de cuyo puerto volvió a salir el 30 de octubre transportando 426 hombres de tropa y cinco oficiales para cubrir las bajas de algunos cuerpos del ejército de Santo Domingo. Llevaba también a bordo 240.000 pesos para el mismo ejército y pólvora y municiones destinadas a las mismas atenciones. Antes habían salido para La Española la fragata *Blanca* y el vapor *Blasco de Garay*, este último llevando a bordo al brigadier de la Armada don Manuel Sivila y Posada, que se dirigía a tomar el mando de las fuerzas marítimas en las aguas de Santo Domingo durante la revolución en curso.

Tocó el *Isabel II* en el puerto de Nuevitas, con el fin de recoger más tropas para transportarlas a Santo Domingo. El 2 de noviembre abandonaba dicho puerto habiendo embarcado 273 hombres de tropa, que con los embarcados en La Habana sumaban 699 soldados. En el tránsito hacia Santo Domingo les adelantó el vapor correo *Isla de Cuba*, que transportaba 800 hombres.

El día 8 de noviembre fondeó el vapor en la rada de Santo Domingo, donde se encontraban los buques *Isabel la Católica*, *Santa Lucía*, *Hernán Cortés*, *San Quintín* e *Isla de Cuba*.

El día 11 del mismo mes el general de la escuadra envió la siguiente circular:

«Acabo de recibir del E.S. Comandante general de esta Isla la comunicación siguiente: “La actividad y celo con que las fuerzas de la Estación Naval

DON CASTO MÉNDEZ NÚÑEZ EN LAS ANTILLAS

del mando de V.S surtas en este Puerto están prestando el difícil y penoso servicio que a cada paso se les encomienda, son dignos del mayor elogio. Cualidades son estas, en verdad, que siempre han distinguido al Cuerpo de la Real Armada, y que no por muchas veces repetidas, desvirtúan su mérito y estimación. Por eso ellas me movieron ya en otra ocasión a recompensar, según mis facultades, con armas de Isabel Luisa, pensionadas, a algunos de sus individuos y por eso ellas me mueven hoy a dar testimonio de satisfacción con que las veo todos los días repetidas sin descanso bajo la acertada dirección de V.S. y de los dignos Jefes y Oficiales de todos los buques. Es pues este el objeto de esta comunicación y a todos dar las gracias en nombre de S.M. —Sírvasse V.S. aceptarlas con los sentimientos de mi mayor gratitud, esperando que significará V.S. a los Sres. Jefes y tripulaciones de todos los buques lo satisfecho que estoy de sus buenos y distinguidos servicios—. El Gobierno de S.M. lo conocerá también por que [porque] he dado cuenta de ellos al E.S. ministro de la Guerra y, para mayor satisfacción de V.S. y de sus subordinados, daré traslado de esta comunicación al E.S. Comandante general del Apostadero de la [La] Habana y lo haré asimismo publicar en la Orden general del Ejército. Confío en que tanto en V.S. como en sus subordinados, no decaerá el ánimo que demuestran, y serán cada día más acreedores a recompensas, que me darán el orgullo de proporcionarles y que llevarán su eco a sus compañeros de la Real Armada, que lejos de estos mares, envidiarán el participar de sus trabajos y fatigas —Dios guarde V.S. muchos años S.S— Santo Domingo Noviembre 11 de 1863 —Carlos de Vargas— Sr. Cap. de Navío Durán y Lira Jefe Militar de esta Estación Naval”. Lo que tengo el gusto de trasladar a los Sres. Comandantes de los buques de esta Estación, para su satisfacción y la de sus subordinados, a quienes se les hará saber inmediatamente. A bordo del Vapor *Isabel la Católica* 11 de Nov. de 1863 = Antonio Durán».

Prosigue el «Historial» con el relato del viaje a Samaná, el 14 de noviembre, en cuyo puerto eran hostilizados a cada paso los botes que se aproximaban y los soldados que salían de la población. Desembarcó una compañía de cazadores de Madrid, que trasladaba el vapor, al mismo tiempo que salía de la bahía la goleta *Santa Lucía*, llevando a Puerto Rico 200 presidiarios sentenciados custodiados por una compañía de tropas.

Al anochecer del mismo día entraba en Samaná la fragata *Concepción*, llevando a su bordo, con destino a La Habana, al 1.º Batallón de Infantería de Marina, al mando del teniente coronel don Wenceslao Valcárcel. Por la mañana del día siguiente hubo un tiroteo entre los insurgentes y las avanzadas españolas, entre las que resultó herido un soldado.

Se dirigió el vapor a Puerto de la Plata a continuación. En este punto desembarcaron las partidas de pólvora y municiones que transportaba el buque, procedentes de La Habana. También desembarcaron los síndicos del resguardo que venían a bordo.

En Puerto de la Plata se estaban produciendo graves enfrentamientos; desde el campamento enemigo, situado en las casas más alejadas de la pobla-

SANTIAGO GONZÁLEZ-LLANOS GALVACHE

ción, a un tiro de cañón de las fortificaciones españolas y de la línea de costa, se aproximaban partidas durante la noche a hostilizar a las tropas, causando algunos daños. Entre las tropas españolas existían muchos enfermos, en particular de disentería.

A primeras horas de la mañana del día 17 los rebeldes rompieron el fuego de cañón contra la fortaleza de Puerto de la Plata, que respondió con presteza. Una de las cuatro piezas, bastante bien servidas, que tenían instaladas los insurgentes rompió el fuego contra el *Isabel II*, aunque afortunadamente, debido a su corto alcance, cayeron los piques en el agua, si bien bastante cerca de la popa. Al costado del buque también caían proyectiles de los que rebasaban la fortaleza por la excesiva elevación del tiro enemigo; otros pasaban sobre la arboladura.

Así describe la acción Fernández Chao: «En vista de esto, nos dirigimos a la defensa y ataque de las piezas que nos tiraban hacia la popa y proa, preparando al efecto las colisas de popa con granadas; y del primer disparo que hicimos, cayó la granada sobre la pieza enemiga y se le apagaron los fuegos al enemigo en aquella parte, sin que después hiciese disparo».

Cuando cesaron los fuegos de ambas partes, a las dos de la mañana, las pérdidas del enemigo no pudieron evaluarse, porque éste no se mostraba nunca; las piezas las colocaba entre árboles y manigua, así que apenas se divisaban aquéllas ni los sirvientes. Por parte española hubo 10 heridos bastante graves y un muerto. Todos los tiros del enemigo fueron bastante bien dirigidos, dado el excelente blanco que presentaba la fortaleza, en la que había 1.400 hombres.

En la tarde del mismo día 17, después de embarcar material para Samaná, 14 soldados heridos, los jefes y oficiales que iban para Cuba como cuadro para formar otras unidades, persona civil y militar, una compañía de obreros y algunos emigrados, y habiendo recibido orden el comandante del *Isabel II* de bombardear al resto de la población y arrabales donde se encontraban acampados los rebeldes, se rompió fuego con las piezas de estribor, incluso las colisas, con granadas. A pesar de la distancia, pues los bajos no permitían aproximarse lo debido al buque, las granadas caían en la población «sin elevar mucho las piezas, viéndose desplomar las casas con frecuencia y correr a los enemigos».

Cuando cesó el fuego, y después de dejar en Puerto de la Plata una pieza rayada para los botes que había solicitado el brigadier don Rafael Primo de Rivera, salió el vapor de nuevo para Samaná, en cuyo puerto dejaron el material y algunos emigrados, embarcando a su vez algunas personas.

Samaná continuaba tranquilo, pero las tropas estaban siempre dispuestas, porque a cada momento eran hostilizadas por los insurrectos. Se lee en el «Historial»:

«El 17 se presentó un músico de los de la guarnición que con otros tres habían sido cogidos por los enemigos el día 13 anterior en las inmediaciones de la población de donde se habían separado. El expresado músico manifestó que la población y fuertes iban a ser atacados aquel día por unos 600 hombres

DON CASTO MÉNDEZ NÚÑEZ EN LAS ANTILLAS

que se hallaban próximos ya, y que él había escapado de entre ellos siendo corneta de órdenes, cuyo destino le habían dado desde que le cogieron. Inmediatamente se dispusieron nuestras tropas a la defensa, pero los enemigos no se han presentado (...). El 18 se sintieron unos tiros hacia las avanzadas pero no ha ocurrido novedad. Por la tarde viniendo en un bote de abordó el Teniente Coronel de Artillería D. Pedro Ferrer y el Comandante de Ingenieros Sr. Villalón, a poco de desembarcar en el muelle de la población les han hecho un disparo de dos tiros de fusil. Pero afortunadamente no les han tocado».

Se aseguraba que, sólo en la península de Samaná, había más de 800 insurrectos.

El jueves 19 de noviembre salió el vapor de nuevo para Santo Domingo transportando 12 enfermos con calenturas y diarreas para la capital.

El día 20 de noviembre falleció uno de los soldados enfermos del 2.º Batallón de la Corona, que habían embarcado en Puerto de la Plata. «Se botó al agua a las 12 menos cuarto del día con las ceremonias de nuestra religión», dice el «Historial».

En la tarde del mismo día entró el buque en Santo Domingo y, en la madrugada del 21, bajaron los enfermos que habían embarcado en Puerto de la Plata y demás individuos que iban de transporte, incluso el teniente coronel Ferrer y el comandante Villalón.

Permaneció el buque en Santo Domingo hasta el día 26, en que se dirigió a Puerto Rico, de cuyo puerto salió el 4 de diciembre conduciendo 6.000 raciones para el Ejército, 700 fusiles, 70.000 cartuchos, 211 hombres de tropa, 4 oficiales, 1 comandante de Artillería (Sr. Correa), 1 jefe de Sanidad y 2 señoras. También llevaba 1.200 tiendas de campaña y otros efectos de guerra.

El sábado 5, ya en Santo Domingo, se desembarcaron las personas y efectos. Al día siguiente entró en puerto el vapor de ruedas americano *Power* con un almirante, al que se le rindieron los honores correspondientes.

El 8 de diciembre se dirigió el *Isabel II* a la ensenada de Arzúa transportando al brigadier Calleja, 20 oficiales y 500 hombres para aumentar la columna del general Gándara. En aquel lugar se encontraba el vapor *Pizarro*, con el brigadier jefe de la División Naval, y la goleta *Santa Lucía*. Inmediatamente se procedió el desembarco de las tropas y demás, quedando concluidas las operaciones al mediodía. La población de Arzúa se hallaba distante de la playa como una legua. Se dijo que los pueblos del interior se habían pronunciado a favor de las tropas españolas. «En la toma de Arzúa no ha habido resistencia alguna. En bahía quedaron tropas nuestras», nos dice el «Historial».

El jueves 10 salió el vapor para Santo Domingo con algunos individuos de transporte y llevando también al capitán de navío don Joaquín Ibáñez, nombrado comandante de Marina de Santo Domingo.

A partir del día 13 el buque realizó un viaje a Agua la Estancia, fondeadero próximo a Baní, en cuya rada no había ni una casa, llevando víveres, y después a las Calderas, donde fondeó el martes día 15, quedando allí de

SANTIAGO GONZÁLEZ-LLANOS GALVACHE

estación. El día 16, creyendo el mando del buque que estaban siendo atacados unos individuos de la dotación enviados con el chichorro a pescar, desembarcó el teniente de Infantería de Marina con otro oficial y una fuerza armada, sin que hubiera novedad. «Parece que algunos [de los “pescadores”] habían sentido voces; lo cierto es que con el miedo se tiraron a la mar dos de ellos, pidiéndonos auxilio al buque», nos cuenta Fernández Chao.

Hasta el día 19 de diciembre permaneció el buque en aquellas aguas, fondeando en Baní el día 18 y en Arzúa al día siguiente. En este fondeadero recibió el comandante del buque la orden del brigadier don Manuel Sivila, jefe de la División Naval, de dirigirse al arsenal de La Habana, en atención al mal estado de sus calderas.

Tras una breve escala en Santiago de Cuba para hacer carbón, llegó el *Isabel II* a La Habana el día 1 de enero de 1864. El día 11 entraría en el dique flotante, de donde salió el mismo día «completamente limpio y continuó la composición de la máquina».

El día 22 de enero tomó el mando del *Isabel II* el capitán de navío don Federico de Santiago y Hoppe, en relevo del de la misma clase don Casto Méndez Núñez, que pasó mandar la *Princesa de Asturias*, que mandaba aquél. Al mes siguiente, el primer buque saldría de La Habana para la Península.

Hasta aquí el relato de las vicisitudes del mando de don Casto en las Antillas a bordo del *Isabel II*. Además de sus actuaciones diplomáticas en Venezuela, le tocó sufrir el período más intenso de la guerra colonial en la isla de Santo Domingo, período en el que ya despuntaban en él sus excelentes cualidades de mando y su prestigio.

Al mando de la *Princesa de Asturias*, todavía continuó don Casto Méndez Núñez actuando con las fuerzas navales de las Antillas. Así, participó con su buque en los bloqueos de Manzanillo y de Monte Christi. El día 9 de agosto entregó el mando de la fragata al capitán de navío don Alfonso Franco y Martínez, pasando a Madrid como director de Personal del Ministerio de Marina, destino que ocupó desde el 22 de septiembre hasta diciembre de ese año de 1864, en que tomó el mando de la fragata blindada *Numancia* (8), con la que se incorporaría a la Escuadra del Pacífico.

El fin de la aventura española en Santo Domingo

La reacción internacional a la anexión por España de Santo Domingo fue menos virulenta de lo que se podía esperar. Aparte de la previsible reacción airada de Haití, sólo Perú publicó una fuerte nota de protesta, que fue oficialmente ignorada por España, ya que Madrid y Lima aún no tenían relaciones diplomáticas. Seward, secretario de Estado de Estados Unidos, sólo

(8) MENDÍVIL, Manuel de: *Méndez Núñez o el honor*. Espasa Calpe, Bilbao, 1930.

DON CASTO MÉNDEZ NÚÑEZ EN LAS ANTILLAS

mandó un escrito de protesta, que se cruzó con la carta en que España declaraba su neutralidad en la guerra civil de aquel país (9).

La atención de todo el mundo estaba concentrada en dos temas mucho más importantes: la guerra civil norteamericana y los rumores de que Francia, Inglaterra y España se preparaban a invadir México.

Iba a ser esta expedición mejicana la que iba a restar desde el principio fuerzas españolas para pacificar Santo Domingo.

Durante los gobiernos relámpago que sucedieron al de la Unión Liberal desde febrero de 1863, las cosas empezaron a torcerse definitivamente para España en Santo Domingo.

Cuando Narváez llegó al poder en Madrid tras varias crisis ministeriales, se habían enviado ya a la isla 28.000 soldados, entre los que las enfermedades tropicales se cobraron gran número de bajas, las cuales se aproximaban a 10.000 cuando Narváez decidió desanexar la República de la soberanía española.

Los que hacía pocos años apoyaban decididamente la anexión ahora se rasgaban las vestiduras. Jose M.^a Allende Salazar expone así la situación: «Se dice que la opinión pública española, durante el siglo XIX, podía pasar de las filias a las fobias con gran facilidad, pero este caso parece rebasar los límites de la inconsistencia nacional» (10).

Después de un disputado debate en la Cámara de los Diputados, desde el 24 al 31 de marzo de 1865, se decidió abandonar la isla cuando ya las tropas en retirada estaban concentradas en sus puertos de reembarque y llegaban a la isla los barcos que las iban a transportar.

Así, tras años de guerra, terminó la «aventura» de la anexión de Santo Domingo, condenada por la mayoría de los historiadores. Allí combatieron en la manigua casi 30.000 soldados, en condiciones difíciles y con pocos recursos, uno de cuyos jefes, el comandante de Estado Mayor don Valeriano Weyler, que sería después famoso general, tuvo en la isla su bautismo de fuego y, a orillas del río Jaina, se haría merecedor de la Cruz de San Fernando.

El vapor *Isabel II* estaría en la escuadra de Topete, en Cádiz, cuando se proclamó la «Gloriosa» en 1868, y su nombre sería cambiado por el de *Ciudad de Cádiz*. También la *Princesa de Asturias*, que fue el otro mando de don Casto Méndez Núñez en las Antillas, cambiaría su nombre por el de *Asturias*, la cual, más tarde, sería sede de la Escuela Naval Flotante por casi cuarenta años.

(9) ALLENDE SALAZAR, J. M.^a: *op. cit.*, p. 163.

(10) *Ibidem*, p. 164

Bibliografía

- ALLENDE SALAZAR, José M.^a: *Apuntes a la relación diplomática hispanoamericana, 1763-1895*. Biblioteca Diplomática Española, Ministerio de AAEE, 1996, Estudios, 14.
- AUÑÓN Y VILLALÓN, Ramón: «La toma de Puerto de la Plata (Santo Domingo) el 28 de agosto de 1863». *Revista General de Marina*, octubre, 1954.
- BALLESTEROS, Antonio: *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*. Salvat Ed., Barcelona, 1918-1934.
- FERNÁNDEZ CHAO, Manuel: *Historial, etc, a bordo del Isabel II*, Museo Naval de Ferrol, Ms, 1862-1864.
- Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal y continuada por J.M. Jover Zamora, Espasa Calpe, Madrid, 1935-2000.
- Marqués de Lozoya: *Historia de España*. Salvat Ed., Barcelona, 1984.
- MARTÍN JIMÉNEZ, Hilario: *Valeriano Weyler (1838-1930)*. Umbral, Santa Cruz de Tenerife, 1998.
- MENDÍVIL, Manuel de: *Méndez Núñez o el honor*. Espasa Calpe, Bilbao, 1930.
- Museo Naval de Madrid: fondo documental, Colección Antonio Mazarredo, *Carta de Ciriaco Cevallos sobre la expedición que se prepara al mando de Federico Gravina para ir a Santo Domingo contra Toussant-Louverture*, 1804. Ms. 2392.
- ORTÚZAR CASTAÑER, Trinidad: *El general Serrano, duque de la Torre. El hombre y el político*. Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, Grupo Industrial de Artes Gráficas, Madrid, 2000.
- VV.AA.: *Historia general de España y América*. Rialp, Madrid, 1992.